

cuyas ramas suspendían toldos de albo lino, corrían esclavos desnudos relucientes de sudor, llevando vasos de esencias y haces de flores; de los respiraderos enrejados, á ras del pavimento, salía un vaho tibio de estufa que olía á rosas. Y junto á una de las columnas vestibulares donde una lápida de ónix indicaba la entrada de las mujeres, estaba de pie, inmóvil, ofreciéndose á las ofrendas como un ídolo, una criatura maravillosa: sobre su faz redonda, blanca, con blancura de luna llena, de labios gruesos, rojos por la sangre, erguía la mitra amarilla de las prostitutas de Babilonia; de los hombros fuertes, por sobre la tersura de sus senos levantados, caía en pliegues gallardos una dalmática de brocado negro radiantemente recamada de ramajes color de oro. En la mano tenía una flor de cactus, y en sus párpados pesados, las pestañas densas abríanse y cerrábanse en ritmo, al onduloso compás de un abanico que una esclava negra, agachada á sus pies, balanceaba cantando. Cuando sus ojos se cerraban, todo en redor parecía obscurecer; y cuando se levantaba el negro cortinaje de sus pestañas espejas, de la rasgada pupila desprendíase una claridad intensísima, como la del sol al mediodía en el desierto que abrasa y vagamente entristece. Y de este modo se ofrecía, magnífica, con sus formas esculturales, su mitra fulgurante, haciendo recordar los ritos de Astarté y de Adonis, lasciva y pontifical...

Di de codo á Topsius y murmuré, pálido:

—¡Carambal ¡Voy á los baños!

Seco, envuelto en su capa blanca, él respondió ásperezamente:

—¡Nos espera Gamaliel, hijo de Simeón! ¡Y la sabiduría de los Rabís dice que la mujer es el camino del mal!

Y bruscamente penetró en una lóbrega y abovedada callejuela; las patas de las yeguas, hiriendo las losas, atraían sobre nosotros ladridos de perros y maldiciones de mendigos que se amontonaban revueltos en la obscuridad. Después saltamos por una brecha de la antigua

muralla de Ezekiah, pasamos junto á una vieja y seca cisterna donde los lagartos dormían, y trotando por la polvareda de una larga calle, entre muros enjalbegados que relucían y puertas embadurnadas de alquitrán, paramos en lo alto, delante de una entrada más noble, en arco. Era la casa de Gamaliel.

En medio de un vasto patio enladrillado, abrasando al sol, un limonero servía de toldo al agua clara de un estanque. En caracol, sobre pilastras de mármol verde, corría una baranda, silenciosa y fresca, de donde pendía, aquí y allá, un tapete de Asiria con flores bordadas. Un azul puro brillaba en lo alto; y en un cobertizo, amarrado con cuerdas como una alimaña á una barra de palo, un negro, calzado de hierro, lleno de cicatrices, hacía gemir y girar lentamente la grande muela de piedra de un molino doméstico.

En el hueco obscuro de una puerta apareció un hombre obeso, sin barba, casi tan amarillo como la túnica lisa que lo envolvía; tenía en la mano una vara de marfil y apenas podía levantar los párpados blandos.

—¿Dónde está tu amo?—le gritó Topsius apeándose.

—¡Entra!—dijo el hombre con voz aguda y penetrante como silbido de serpiente.

Por una escalera de granito subimos á una estancia alumbrada por dos grandes candelabros, altos como los arbustos de los cuales reproducían en bronce el tronco sin hojas. Entre los dos candelabros, mostróse en pie, ante nosotros, Gamaliel, hijo de Simeón. Era muy alto y muy delgado: la barba suelta, lustrosa y perfumada le cubría el pecho. Su turbante blanco, adornado con hilos de perlas, descubría una tira de pergamino arrollada á la cabeza y llena de textos sagrados; bajo aquella albura sus ojos hundidos tenían un fulgor frío y duro. Una larga túnica azul le cubría hasta las sandalias: cosidas á las mangas y arrolladas á los pulsos, tenía otras tiras de pergamino donde negreaban otras escrituras rituales.

Topsius le saludó á la moda de Egipto, dejando caer lentamente la mano hasta tocar la rodilla. Gamaliel tendió los brazos y murmuró como salmodiando:

—Entrad y sed bien venidos; comed y regocijaos.

Y tras de Gamaliel, pisando un pavimento sonoro de mosaico, entramos en una sala donde se hallaban tres hombres. Uno, que se apartó de la ventana para recibirnos, era magníficamente bello, con larga cabellera rizada colgando en suaves anillos sobre un cuello fuerte y blanco como un mármol corintio: en la faja negra que ceñía su túnica, brillaba, incrustado de pedrería, el puño de oro de una espada corta. El otro, calvo, grueso, con la cara fofa y sin cejas, había continuado tendido sobre un diván, envuelto en su manto color de vino: su gesto de acogida fué más distraído y desdenguado que la limosna que se arroja al extranjero. Sin embargo, Topsius casi se postró para besar sus zapatos redondos y amarillos, atados con hilos de oro. ¡Aquel hombre era el venerable Osanías, de la familia pontifical de Beothos, todavía de la sangre real de Aristóbulo! Al otro hombre ni lo saludamos ni él nos vió: estaba escondido en un rincón, con la faz sumida en el capuz de su túnica de lino, más blanca que la nieve: parecía embebido en una oración. Sólo de tiempo en tiempo se movía para limpiar las manos lentamente en una toalla tan blanca como la túnica, que le pendía de una cuerda atada á la cintura, gruesa y llena de nudos como las que ciñen los monjes. A todo esto, quitándome los guantes, yo examinaba el techo de la sala, todo de cedro, con labores retocadas de escarlata. El azul liso y lustroso de las paredes era como la continuación de de aquel cielo de Oriente, luminoso y límpido que resplandecía á través de la ventana. Sobre un trípode incrustado de nácar humeaban, en un pebetero de bronce, resinas aromáticas.

Gamaliel se aproximó, y después de haber mirado duramente mis botas de montar, dijo con lentitud:

—La jornada que tenéis es larga y debéis estar hambrientos...

Murmuré cortesmente una excusa... Y él, grave, como si recitase un texto, continuó:

—La hora del mediodía es la más grata al Señor. José dice á Benjamín: «Tú comerás conmigo al mediodía». Pero la alegría del huésped es también dulce á los ojos del Muy Alto, del Muy Fuerte... Estáis desfallecidos, vais á comer para que vuestra alma me bendiga.

Batió las palmas: un siervo, con los cabellos apretados en una diadema de metal, entró trayendo un jarro lleno de agua templada que olía á rosa, donde yo purifiqué las manos; otro me brindó bollos de miel sobre verdes hojas de parra; otro vertió en tazas de loza brillante el vino fuerte y negro de Émaus. Y para que el huésped no comiese solo, Gamaliel probó los manjares y el vino.

—Ahora,—dije yo, lamiéndome los dedos,—tengo lastre hasta el mediodía.

—Que tu alma se regocije.

Encendí un cigarro y fui á tomar el fresco á la ventana. La casa de Gamaliel estaba en un alto, á espaldas del templo, sobre la colina de Ofel: el aire era tan dulce y tan tibio, que solamente sentir su caricia henchía de paz el corazón. Ante mis ojos florecían jardines y pomaradas que daban sombra al valle de la Fuente, y subían hasta la colina en que blanqueaba callada y fresca la aldea de Si-loeh. En la lejanía ondulaban las montañas de Moab, suaves, indecisas, de un azul poco más intenso que el del cielo, y una forma blanca, que parecía estremecerse en la luz, debía ser la ciudadela de Makeros sobre su cimientito roqueño, en los confines de Idumea.

Me volví oyendo á Gamaliel que decía, igual que el hombre del manto color de azafrán en el monte de los Olivos:

—Sí, esta noche en Bethania Rabi Jeschoua fué preso.

Después agregó lento, con los ojos medio cerrados, alzando por entre los dedos los largos hilos de su barba:

— Pero Poncio tuvo un escrúpulo... No quiso juzgar á un hombre de Galilea, que es súbdito de Antipas Herodes... Y como el Tetrarca ha venido á Jerusalem para celebrar la Pascua, Poncio le envió el Rabí á su morada.

Los anteojos de Topsius rebrillaron de espanto.

— ¡Cosa extraña! — exclamó abriendo los flacos brazos. — ¡Poncio! escrupuloso, Poncio formalista! ¿Y desde cuándo respeta Poncio la jurisdicción del Tetrarca? ¿Cuántos infelices galileos no hizo matar sin licencia del Tetrarca, cuando la revuelta del acueducto? Entonces las espadas romanas, por orden de Poncio, mezclaron en el templo la sangre de los hombres de Neftali á la sangre de los bueyes del Sacrificio.

Gamaliel murmuró sombríamente:

— El romano es cruel, pero esclavo de la legalidad.

Entonces Osanías, hijo de Beothos, dijo con su sonrisa blanda y sin dientes alzando levemente las manos resplandecientes de anillos:

— O tal vez sea que la mujer de Poncio proteja al Rabí.

Gamaliel, sordamente, moldijo el impudor de la romana. Y como los anteojos de Topsius interrogaban al blanco Osanías, éste admiróse mucho de que el doctor ignorase cosas tan comentadas en el Templo, hasta por los pastores que llegan de Idumea para vender los corderos de la Ofrenda. Siempre que el Rabí oraba en el Pórtico de Salomón, de lado de Suza, Claudia iba á verle desde la torre Antonia, sola, envuelta en un velo negro. Tal vez Claudia, saciada de todos los cocheros del Circo y de los histriones de Suburra, quería probar cómo sabían los besos de un profeta de Galilea...

El hombre vestido de albo lino alzó bruscamente el rostro, sacudiendo el capuz sobre los cabellos revueltos: su larga mirada azul fulguró por toda la sala como un relám-

pago, y se apagó bajo la humildad grave de las pestañas, que se inclinaron. Después murmuró lento y severo:

— Osanías, el Rabí es casto.

El viejo rió pesadamente. ¡Casto el Rabí! ¿Y entonces aquella galilea de Magdala, que había vivido en el barrio de Bezetha, y que en las fiestas de Prurim se mezclaba con las prostitutas griegas á las puertas del teatro de Herodes? ¿Y Yoanna, la mujer de Khosna, uno de los cocineros de Antipas? Y otra de Efraim, Susanna, que una noche, obediente á un gesto del Rabí, dejara los hijos y con el peculio doméstico escondido en la punta del manto le siguiera hasta Cesárea?

— ¡Oh, Osanías, — gritó batiendo palmas y holgándose el hombre hermoso, que tenía una espada con pedrería. — ¡Oh, hijo de Beothos! ¿cómo es que tú conoces, una á una, las incontinencias de un Rabí galileo, hijo de las siervas del suelo y más miserable que ellas? Ni que se tratase de Elio Lamma, nuestro Legado Imperial, á quien el Señor cubra de males...

Los ojos de Osanías, menudos como dos cuentas de vidrio negro, relucían de agudeza y malicia.

— ¡Oh, Manasés! Es para que vosotros, los patriotas, los puros herederos de Judas de Galaunítida, no acuséis siempre á nosotros, los saduceos, de saber solamente lo que pasa en el Atrio de los Sacerdotes y de la casa de Hannán.

Una tos ronca le interrumpió un momento: la sofocó bajo una punta del manto, que vivamente se llevó á la boca. Después, más quebrado, con vestigios rojos en la faz amarillenta, continuó:

— En verdad que fué en la casa de Hannán donde oímos esto á Menahem, paseando todos debajo de la viña... Y también nos contó que el Rabí de Galilea llegaba, en su impudor, hasta tocar mujeres paganas, y otras más impuras que el cerdo... Un Levita le vió, en la calzada de Si-

chem, alzarse sofocado, tras el brocal de un pozo, con una mujer de Samaria.

El hombre vestido de albo lino se alzó de un salto, todo trémulo; en el grito que se escapó había el horror de quien sorprende la profanación de un altar.

Gamaliel, con una seca autoridad, clavó en él los ojos duros.

—¡Oh, Gad, Gad, á los treinta años el Rabí no es casado! ¿Cuál es su trabajo? ¿Dónde está el campo que labra? ¿Quién conoció su viña? ¡Vagabundea por los caminos y vive de lo que le ofrecen esas mujeres disolutas! ¿Acaso hacen otra cosa esos mancebos imberbes de Sibaris y de Lesbos que pasean todo el día en la Vía Judiciaria, y que vosotros, esenios, abomináis de tal suerte, que corréis á lavaros las vestiduras en una cisterna si os roza alguno de ellos?... ¿Le has oído á Osanías, hijo de Beothos?... ¡Sólo Jehová es grande! En verdad te digo que cuando Rabí Jeschoua, despreciando la ley, da á la mujer adúltera un perdón que tanto cautiva á los sencillos, cede á los impulsos de su moral y no á la abundancia de su misericordia.

Con la faz roja y alzando los brazos en el aire, Gad clamó:

—¡El Rabí hace milagros!

Y fué el hermoso Manasés quien con un sereno desdén respondió al esenio:

—Sosiégate, Gad: otros han hecho también milagros. Simón de Samaria hizo milagros. Los hicieron Apolonio y aun Gabieno... ¿Y que son los prodigios de tu galileo comparados con las de las hijas del Gran Sacerdote de Anio y con los del sabio Rabí Chekiná?

Y Osanías escarnecía al sencillo Gad.

—En verdad ¿qué es lo que vosotros los Esenios aprendéis en ese oasis de Engaddi? ¡Milagros! ¡Milagros hasta los paganos los hacen! Ve á Alejandría, al puerto de Eu-

notos, y verás allí magos haciendo milagros por una dracma, que es el precio de un día de trabajo.

Gad sonreía con altivez y dulzura. Su indignación expiraba bajo la inmensidad de su desdén.

—Vosotros habláis y habláis, como moscardones que zumban. Vosotros habláis y vosotros no l habéis oído. En Galilea, que es tan fértil y tan verde, cuando él hablaba era como si una fuente de leche corriese en tierra de hambre y de sequía: hasta la luz parecía un bien mayor. Las aguas, en el lago de Tibcriades, se amansaban para escucharle; y á los ojos de los niños que le rodeaban subía la gravedad de una fe ya madura... El hablaba: y como palomas que tienden las alas y vuelan de la puerta de un santuario, nosotros veíamos desprenderse de sus labios y volar sobre las naciones del mundo toda suerte de cosas nobles y santas, la Caridad, la Fraternidad, la Justicia, la Misericordia, y las formas nuevas, bellas, divinamente bellas, del amor.

La faz del esenio resplandecía, elevada hacia el cielo, como siguiendo el vuelo de aquellas divinas nuevas. Gamaliel, Doctor de la Ley, le rebatió con dura autoridad:

—¿Qué hay de original y de individual en todas esas ideas? ¿Imaginas que el Rabí las sacó de la abundancia de su corazón? ¡Llena de ellas está nuestra doctrina!.. ¿Quieres oír hablar de amor, de caridad, de igualdad? Lee el libro de Jesús, hijo de Sidrah... Todo eso lo predicó Hilel, todo eso lo dijo Schemaia. Cosas tan justas se encuentran hasta en los libros paganos, que al lado de los nuestros son como el lodo al lado del agua pura de Siloeh... Vosotros mismos, los Esenios, tenéis preceptos mejores. Antes que ese Rabí, enseñó las mismas cosas tu amigo Iokanán á quien llamáis el Bautista, y que acabó tan miserablemente en un calabozo de Makeros.

—¡Iokanán!—exclamó Gad estremecido y como rudamente despertado de la suavidad de un sueño.

Sus ojos brillantes se humedecieron. Tres veces, incli-

nado sobre el suelo, con los brazos abiertos, repitió el nombre de Iokanán como llamando á alguien de entre los muertos. Después, con dos lágrimas resbalando por la barba, murmuró muy bajo, en una confidencia que lo henchía de terror:

—Yo fui quien subió á Makeros para rescatar la cabeza del Bautista. Cuando descendía el camino, con ella envuelta en mi manto, todavía aquella mujer, Herodías, encorvada sobre la muralla, semejante á la hembra lasciva del tigre, rugía y me gritaba injurias... Tres días y tres noches seguí por los caminos de Galilea llevando la cabeza del justo asida por los cabellos...

De nuevo cayó postrado, llorando ansiosamente con los brazos extendidos en cruz.

Entonces Gamaliel, adelantándose hacia el sabio Topsius, comenzó á explicarle:

—Nosotros tenemos una ley, y nuestra ley es precisa. Es la palabra del Señor y el Señor dijo: «Yo soy Jehová, el Eterno, el Primero y el Último; antes de mí no hubo dios alguno, no existe dios alguno á mi lado, no habrá dios alguno después...» Esta es la voz del Señor. Y el Señor dijo todavía: «Si entre vosotros apareciese un profeta que quisiese introducir otro Dios y llamase á los sencillos al culto de ese dios, ese profeta morirá.» Esta es la ley, Esta es la voz del Señor. El Rabi de Nazareth se proclamó dios en Galilea, y en las Sinagogas, y en las calles de Jerusalem y en los patios santos del Templo... ¡El Rabi debe morir!

Pero el hermoso Manasés se interpuso entre el doctor de la ley y el historiador de los Herodes. Noblemente rebatió la letra cruel de la doctrina.

—¡No, no! ¿Qué importa que las luces de un cementerio digan que son el sol? ¿Qué importa que un hombre abra los brazos y grite que es un Dios?...

Iba á aplaudir á Manasés cuando le ví cambiar de gesto y exclamar con violencia y fervor:

—Cierto que ese Rabi de Galilea debe morir, pero morirá por ser un mal ciudadano y un mal judío. ¿No le hemos oído aconsejar que se pague el tributo al César? El Rabi tiende su mano á Roma; el romano no es su enemigo. Hace tres años que predica y nadie le ha oído proclamar la necesidad santa de expulsar al extranjero.

Osanías, inquieto, miró hacia la ventana llena de luz, por donde las amenazas de Manasés parecían volar vibrantes y libres. Gamaliel sonreía friamente. El discípulo ardiente de Judas de Gamala clamaba, arrebatado en su pasión:

— En verdad os digo que consolar las almas con esa esperanza del reino del cielo es hacerles olvidar el deber fuerte para con el reino de la tierra de Israel que gime en cadenas, y llora, y no quiere ser consolada. El Rabi es traidor á la patria; el Rabi debe morir.

Trémulo había empuñado la espada, y su mirar brillaba como un fulgor de revuelta, como si solicitase ávidamente la gloria de los combates y la gloria de los suplicios.

Entonces Osanías se alzó apoyado en su bastón, que remataba en una piña de oro. Un penoso cuidado parecía nublar su vejez liviana. Comenzó á decir, lento y triste, como quien á través del entusiasmo y de la doctrina, apunta el mandato ineludible de la necesidad.

—Ciertamente, ciertamente, poco importa que un visionario se diga Mesías é hijo de Dios y amenace destruir la ley y destruir el Templo. El Templo y la ley pueden sonreír y perdonar seguros de su eternidad... Pero ¡oh Manasés! porque un Rabi de Galilea que se acuerda de los hijos de Gamala clavados en la cruz aconseje prudencia y malicia en las relaciones con el Romano, ¿vamos á darle muerte? ¡Ah, Manasés! Nuestras leyes son suaves. Manasés, tus manos son robustas y sin embargo no podrás desviar la corriente del Jordán y hacer que corra por la tierra de Trkaunítida y no por la tierra de Canaán. Tampoco

co podrás impedir que las legiones de César, que cubrieron las ciudades de Grecia, cubran el país de Judea. Sabio y fuerte era Judas Macabeo é hizo amistad con Roma. Roma es sobre la tierra como un gran viento de la Naturaleza; cuando sopla, el insensato le ofrece el pecho y es derrumbado, pero el hombre prudente se recoge á su morada y está quieto.

Después, fijando sobre nosotros los ojos menudos que asaeteaban con un brillo inexorable y frío, prosiguió, siempre suave y sutil:

—Pero en verdad os digo que ese Rabí de Galilea debe morir. Como el Romano en Jerusalem, todo aquel que venga y se proclame Mesías como el de Galilea, es nocivo y peligroso para Israel. El Romano no comprende el reino del cielo que promete el Rabí, pero vé que esas predicaciones agitan sombríamente al pueblo en los pórticos del Templo... Entonces se dice: «En verdad este templo con su oro, sus multitudes y su celo, es un peligro para la autoridad del César en Judea»... Y lentamente anula la fuerza del templo disminuyendo su riqueza y los privilegios de su sacerdocio. Para humillación nuestra ya las vestiduras pontificales se guardan en el erario de la torre Antonia. Para empobrecernos el Pretor hace uso del dinero del Corbán. ¡Dentro de poco tiempo todo será del Romano! Sólo nos quedará el bordón para ir á mendigar por los caminos de Samaria en busca de los mercaderes ricos de Decapola... En verdad os digo que, ¡para conservar el esplendor del Templo, debemos procurar que aparezca ante los ojos del Romano solemne y sumiso, sin tumultos y sin Mesías... Por eso os digo que el Rabí debe morir.

Así, delante de mí, habló Osanías, hijo de Beothos y miembro del Sanhedrin. Gad, inmóvil, oraba. En el azul de la ventana una abeja color de oro zumbaba sobre una madre selva florida, que trepaba por el muro. Topsius decía con pompa:

—Hombres que me habéis acogido: la verdad abunda

en vuestros espíritus como la uva abunda en las vendimias. Vosotros sois tres torres que guardáis Israel entre las naciones: una defiende la unidad de la Religión: otra mantiene el entusiasmo de la Patria y la tercera, que eres tú, venerando hijo de Beothos, cauto y ondeante como la serpiente que amaba Salomón, protege una cosa más preciosa, que es el orden. Vosotros sois tres torres, y contra cada una el Rabí de Galilea alza el brazo y lanza la primera piedra.

Y Gamaliel, con el gesto de quien rompe una vara frágil, dijo, mostrando los dientes blancos:

—Por eso le crucificaremos.

Fué como si un venablo acerado, relampagueando y silbando, viniese á clavarse en mi pecho. Sofocado, tiré de la manga al docto historiador:

—Topsius, Topsius, ¿quién es ese Rabí que predicaba en Galilea y hace milagros y va á ser crucificado?

El sabio doctor volvió hacia mí los ojos con tanto pasmo como si le preguntase cuál era el astro que, por detrás de los montes, traía la luz de la mañana. Después, secamente, murmuró:

—Rabí Jeschoua, que de Nazareth pasó á Galilea, á quien algunos llaman Jesús y otros también llaman el Cristo.

—¡El nuestro!—grité vacilando como un hombre aturcido. Y como una llamarada pasó por todo mi sér el deseo de correr á su encuentro y ver con mis ojos mortales el cuerpo de mi Señor, en su cuerpo humano y real, vestido con el lino de que se visten los hombres, cubierto con el polvo que levantan los caminos humanos... Al mismo tiempo, más de lo que teme la hoja en un áspero viento, temía mi alma en un terror sombrío. ¡El terror del siervo negligente delante del amo justo! ¿Estaba yo bastante purificado con mis ayunos y mis trisagios para afrontar la faz fulgurante de mi Dios? ¡Ay de mí! No lo estaba. ¡Cuántos domingos, en aquellos tiempos carnales en que Adeli-

na me esperaba fumando y en camisa, no había maldecido la lentitud de las misas y la pesadez de los sermones!

¡Ver á Jesús! Ver cómo eran sus cabellos, qué pliegues hacía su túnica y lo que acontecía en la tierra cuando sus labios se abrían. Tal vez en aquel medroso instante pasaba entre barbudos y graves soldados romanos con una cuerda atada á las manos. ¡La brisa que balanceaba en la ventana las flores de la madre selva avivando su aroma, tal vez acababa de rozar la frente de mi Dios ya ensangrentada de espinas! Tan sólo con empujar aquella puerta de cedro y atravesar el patio donde gemía la muela del molino doméstico hallaríame en la calle, y podría ver, presente y corpóreo, á mi Señor Jesús, tan realmente y tan bien como lo habían visto San Juan y San Mateo. Seguiría su sacra sombra en el muro blanco por donde marcharía también mi sombra. En el mismo polvo que pisasen mis botas de montar, besaría la huella todavía caliente de mis plantas. Yo sabría una palabra nueva de Cristo, no escrita en el Evangelio. Mi autoridad surgiría en la Iglesia como la de un Testamento novísimo. Mi voz sería un testimonio inédito de la Pasión. Ya me veía tornado en San Teodorico Evangelista.

Entonces, con una desesperada ansiedad que espantó á aquellos orientales de maneras mesuradas, grité:

—¿Dónde lo podré ver? ¿Dónde está Jesús de Nazareth, mi Señor?

En este momento un esclavo, corriendo en la punta de sus sandalias, vino á caer de bruces en las losas, delante de Gamaliel; le besaba las franjas de la túnica; sus costillas flacas jadeaban; por fin murmuró exhausto:

—Amo, el Rabí está en el Pretorio.

Gad salió de su oración con un salto de fiera; apretó en torno á la cintura su cuerda de nudos y corrió arrebatadamente, con el capuz suelto, extendiendo en derredor el haz resplandeciente de sus cabellos dorados. Topsius recogió su capa blanca con pliegues artísticos de toga latina

que le daban la solemnidad de un mármol, y habiendo comparado la hospitalidad de Gamaliel á la de Abraham, dirigiéndose á mí, exclamó triunfalmente:

—¡Al Pretorio!

Mucho tiempo seguí á Topsius á través de la antigua Jerusalem, en caminata sofocante, perdido por completo en el tumulto de mis pensamientos. Pasamos junto á un jardín de rosas del tiempo de los profetas, espléndido y silencioso, que dos Levitas guardaban armados de lanzas doradas. Después nos internamos en una calle fresca, aromatizada por las tiendas de los perfumistas: un toldo de esteras finas daba sombra á las puertas; el suelo estaba regado y alfombrado de hierba blanda y hojas de anémonas; y por la sombra vagaban mancebos lánguidos, de cabellos rizados, de ojeras pintadas, que apenas podían erguir, en las manos cargadas de anillos, las sedas rozagantes de sus túnicas color de cereza y color de oro. Más allá de esta calle indolente abríase una plaza, abrasada por el sol, llena de una polvareda espesa y blanca donde los pies se enterraban; solitaria en el medio, una vetusta palmera arqueaba su penacho, inmóvil y como de bronce; y al fondo negreaban en la luz las columnas de granito del viejo palacio de Herodes. Allí era el Pretorio.

Frente al arco de entrada donde rondaban con plumas negras en el yelmo reluciente dos legionarios de Siria, un bando de muchachas, con rosas detrás de la oreja y en el regazo serones de esparto, pregonaban los panes ácidos. Bajo un enorme quitasol de plumas, clavado en el suelo, hombres de mitra de fieltro con balanzas sobre las rodillas

cambiaban la moneda romana. Y los vendedores de agua, con sus odres felpudos, lanzaban un grito trémulo. Entramos y un vago terror se apoderó de mí.

Era un claro patio, abierto bajo el azul, enlosado de mármol, teniendo á cada lado una arcada, fresca y sonora como claustro de monasterio. De la arcada del fondo, presa en la pared austera del palacio, extendíase un toldo de tela escarlata franjeado de oro, proyectando una sombra cuadrada y dura; dos estacas de palo de sicomoro, rematadas por una flor de loto, la sustentaban.

Apretábase allí un grupo de gente donde se confundían las túnicas de los fariseos orladas de azul, el rudo sayal de estameña de los obreros, apretado con un cinto de cuero, los amplios albornoces franjeados de ceniciento y blanco de los hombres de Galilea, y la capa carmesí de gran capuz de los mercaderes de Tiberiades; algunas mujeres, separadas de la sombra del toldo, alzábanse en la punta de sus chinelas amarillas, colocando encima del rostro, para defenderlo del sol, un dobléz de su manto ligero. De aquella multitud salía un olor caliente de sudor y de mirra. Al fondo, sobre un solio, un hombre, un magistrado, envuelto en los nobles pliegues de una toga pretexta, y más inmóvil que un mármol, apoyaba sobre el puño fuerte la barba densa y gris; sus ojos hundidos parecían adormecer indolentemente; una cinta escarlata le sujetaba los cabellos. Por detrás, sobre un pedestal que hacía espaldar á su silla curul, la figura de bronce de la loba romana abría de través la boca voraz. Pregunté á Topsius quién era aquel magistrado melancólico.

—Un tal Poncio, llamado Pilato, que fué prefecto en Batavia.

De súbito alguien tocó familiarmente en el hombro del historiador de los Herodes. Era el hermoso Manasés; con él venía un viejo magnífico, de una nobleza de Pontífice, á quien Topsius besó filialmente la manga de su tú-

nica blanca, bordada de verdes hojas de parra. Una barba de nieve, lustrosa de aceite, tocaba la faja que lo ceñía, y los hombros amplios desaparecían bajo la espesa abundancia de los cabellos blancos que salían del turbante como una esclavina de armiños reales. Una de sus manos llenas de anillos se apoyaba en un fuerte bastón de marfil, y de la otra conducía á un niño pálido que tenía los ojos más bellos que las estrellas y semejaba, al lado del anciano, un lirio á la sombra de un cedro.

—Subid á la galería,—nos dijo Manasés.—Allí estaréis mejor.

Seguimos al patriota. Yo pregunté cautelosamente á Topsius quién era aquel viejo tan agusto.

—Rabí Robam,—murmuró con veneración mi docto amigo.—Una luz del Sanhedrín.

Continuamos andando por la galería sonora y clara: en su extremidad brillaba una suntuosa puerta de cedro con chapas de plata labrada; un pretoriano de Cesárea la guardaba. Conmovido me acerqué al parapeto. ¡Mis ojos mortales encontraron allá abajo la forma encarnada de mi Dios!

¡Oh, cara sorpresa del alma variable! ¡No sentí éxtasis ni terror! Era como si de repente hubiesen huído de mi memoria largos, laboriosos siglos de Historia y Religión.

No pensé siquiera que aquel hombre seco y moreno fuese el Redentor de la humanidad. Inexplicablemente, me hallé anterior en los tiempos. Ya no era Teodorico Raposo, cristiano y doctor. Toda la antigüedad de las cosas ambientes me penetrara rehaciendo mi sér. Yo también era un antiguo. Era Teodoricus, un lusitano llegado en una galera de las playas resonantes del Promontorio Magno y que viajaba, siendo Tiberio emperador, por tierras tributarias de Roma. Aquel hombre no era Jesús, ni Cristo, ni el Mesías. Era tan sólo un hombre de Galilea que, lleno de sueños, descende de su verde aldea para